

## Reseñas

JAVIER ELGUEA, *Las teorías del desarrollo social en América Latina. Una reconstrucción racional*. México, El Colegio de México, 1989.

Si se considera que la mayoría de los trabajos sobre la naturaleza de la ciencia y el desarrollo del conocimiento tienen como objeto de estudio a las ciencias básicas, entendemos por qué Javier Elguea pretende dar algunas respuestas concernientes al desarrollo de las ciencias sociales, a través de una evaluación histórica de la rivalidad entre distintos enfoques teóricos.

¿Por qué las teorías del desarrollo? La “idea de progreso” ha tenido gran importancia en la cultura occidental, y llegó a conformar un campo nuevo dentro de la ciencia, donde la teoría de la modernización y la teoría de la dependencia se convirtieron en los principales marcos conceptuales de los debates acerca de la definición de “desarrollo nacional”.

Para realizar la evaluación y reconstrucción histórica de las teorías el autor se propone utilizar como modelos los enfoques contemporáneos que explican la naturaleza de la ciencia: Thomas Kuhn e Imre Lakatos, no sin antes hacer una rápida revisión de sus más cercanos predecesores: el positivismo lógico y el falsacionismo de Popper. Durante las dos últimas décadas, el trabajo de Thomas Kuhn, específicamente su libro *La estructura de las revoluciones científicas* (1962), tuvo gran impacto en la discusión sobre las teorías del desarrollo. A su sombra se encuentran ellos, así como otros que pretendieron encontrar anomalías que evidenciaran los procesos de revolución científica en el campo. El principal problema de dichos trabajos, según Elguea, fue la utilización casi indiscriminada de los principales conceptos kuhnianos: paradigma, ciencia normal, crisis y revolución científica, y el olvido de otros como la inconmensurabilidad paradigática, la elección no racional de paradigmas y el no progreso intra-paradigático.

Si algo ha mostrado la historia de las teorías del desarrollo —continúa el autor—, es que “los principales investigadores parecen haberse basado en la comparación racional y evaluación teórica para adherirse a una teoría” (p. 41). Por ello, el modelo de Kuhn es limitado en cuanto a que no puede explicar por qué en los campos pre-paradigmáticos (sobre todo de las ciencias sociales) la conmensurabilidad de las teorías permite examinar y evaluar el progreso del campo científico donde se ubican.

El modelo de evaluación que elige Elguea, basado en las tesis de Lakatos, principalmente las presentadas en su obra *La metodología de los programas de investigación científica* (1970), incluye las nociones de conmensurabilidad, competencia, racionalidad y progreso. Esto lo lleva a afirmar que la historia de la ciencia es la historia de programas de investigación en competencia, donde el mejor, en el sentido heurístico y explicativo, es el que prevalece, por lo que el crecimiento científico es progresivo (adquisición de contenidos teóricos y empíricos). Por ello, "la rivalidad conceptual en el análisis del desarrollo ha existido no entre teorías o paradigmas, sino entre programas de investigación o serie de teorías, asociadas con determinadas reglas heurísticas que guían la formulación o eliminación de teoría e hipótesis en cada programa" (p. 49). Así, las teorías de la modernización y de la dependencia son *programas de investigación* con diferentes metodologías, pero con el *objetivo común de explicar el desarrollo nacional*.

La perspectiva de la modernización es producto del ambiente de la Segunda Guerra Mundial y de las proposiciones de Hoselitz (influencia de los factores socioculturales interdependientes en el crecimiento económico) y Rostow (todo proceso de desarrollo se compone de diversas etapas). El núcleo fijo de esta teoría entiende por desarrollo una sucesión de etapas que van de lo tradicional a lo moderno, y la idea de que para lograrlo se deben difundir los valores modernos en las áreas tradicionales. Las reglas heurísticas que se desprenden de ahí, llevan a los investigadores inscritos en este programa a crear y mejorar un modelo de modernización y a elaborar pruebas de modernidad individual, que al ser aplicadas permiten medir el grado de modernización, comparar la modernidad de diferentes grupos o naciones, y observar la relación de la modernización con otros fenómenos sociales.

A pesar del trabajo de expansión del programa realizado por Lerner, Eisenstadt y Germani, entre otros, el programa de la modernización no pudo dar respuesta a todas las críticas que se le hicieron, entre las que se encuentran: la linealidad y simplicidad de los modelos, la concepción del desarrollo como un proceso uniforme, gradual e irreversible, ver lo tradicional como algo homogéneo, la ignorancia sistemática de la noción conflicto y su poca atención a la estructura social y al poder político.

A mediados de la década de los setenta, y ante la tendencia regresiva de la teoría de la modernización, la teoría de la dependencia surge como rival de aquella. Como sus antecedentes se señalan las teorías marxistas-leninistas del imperialismo y las teorías de la CEPAL sobre el intercambio desigual entre los países (Prebisch y Singer).

Las proposiciones más significativas del núcleo de este programa alternativo son la noción de dependencia, entendida como una situación en que la economía de ciertos países se encuentra condicionada por el desarrollo y expansión de otra economía, concepto determinante para entender el desarrollo-subdesarrollo nacional, y la noción de un solo sistema mundial estratificado en centro y periferia. La heurística positiva guía a

los investigadores a construir modelos de dependencia y a centrarse en análisis históricos concretos.

En el desarrollo del programa son importantes los trabajos de Gunder Frank, Marini, Dos Santos, Cardoso, Faletto y González Casanova, entre otros. A pesar de ello las anomalías aparecen, e ilustran una falta de unidad teórica y corroboración empírica, y la exageración del poder explicativo del imperialismo económico.

No obstante, para el autor estos programas de investigación, así como las nuevas teorías que han surgido (“corporativismo” y “autoritarismo burocrático”) siguen vigentes dentro del campo del desarrollo, debido a que su expansión y la elaboración de respuestas a anomalías toman tiempo. Hasta entonces, no se podrá darles un *status* definitivo.

No podemos negar el valor del trabajo de Elguea, pero creemos que es útil señalar que no parece suficiente la identificación de objetos de estudio comunes entre dos o varias teorías para afirmar que son conmensurables, debido a que la esencia de las teorías son sus nociones básicas, y es aquí donde se debe centrar el análisis para determinar si éstas son comparables en el sentido de su equivalencia no sólo en cuanto a su objeto de estudio sino en la explicación que dan de él. Además, la decisión de aceptar o rechazar teorías no sólo depende de un análisis racional y comparativo de la misma, sino que también intervienen una serie de factores institucionales, sociales y políticos dentro de los cuales se encuentran los investigadores.

María Lucila Rojas

Recibida en enero de 1991

J. ERIC HOBSBAWN, *Nations and nationalism since 1780: Programme, myth, reality*, Cambridge University Press, 1990, 200 pp.

Éste es el nuevo libro del historiador más respetado de la Gran Bretaña. Se trata de un texto crítico sobre la trayectoria histórica del nacionalismo. El lector no encontrará explicaciones elaboradas o conclusiones parciales sobre un problema específico, sino más bien, enfrentará un cúmulo de información erudita sobre una gran variedad de temas relacionados con el nacionalismo en diferentes ámbitos geográficos y culturales. Esto no significa, claro está, que recibiremos una avalancha de datos históricos. De hecho, Hobsbawn se sirve del campo de su dominio, la historia, para demostrar que la nación es un fenómeno moderno, resultado de una ideología liberal y que su desarrollo evolutivo no ha dependido de criterios culturales, lingüísticos, étnicos o de pasado colectivo. Son criterios económicos y políticos las causas de su surgimiento y desarrollo. Este punto de vista

puede ser familiar para muchos lectores. Sin embargo, la razón principal para revalorar esta perspectiva es la de dar nueva luz a la reciente discusión sobre la antigüedad o modernidad de las naciones, su existencia en la antigüedad o su vigencia moderna con irrelevante sentido del pasado: un debate que divide a los teóricos del nacionalismo en "modernistas" e "histórico-culturalistas". Cabe aclarar que Hobsbawm, sin pretender ser un teórico de los problemas del nacionalismo, se identifica con los primeros.

El libro da comienzo con lo que se ha convertido en una sección obligada de la mayoría de textos sobre nacionalismo: comentar sobre la profusión de literatura de carácter monográfico y con menor frecuencia teórica. Es útil para el lector conocer cuáles son algunas de las fuentes de inspiración de Hobsbawm y los libros que considera han hecho contribuciones significativas al estudio de esta área, aunque no necesariamente coincida con ellos en lo principal. Su lista se compone de ciertos libros de los autores siguientes: Hroch Miroslav (1985), Anderson, B. (1983), Armstrong, J. (1982), Breuilly, J. (1982), Cole John y Eric Wolf (1974), Fishman, J. (1968), Gellner, E. (1983), Smith, A.D. (1983), Szücs Jenő (1981), Charles Tilly (1975) y, por supuesto, su propio *The invention of tradition* (1983) editado con Terence Ranger.

Una sección ligada a la anterior es la revisión crítica del autor sobre los usos y significados de los conceptos "nación" y "nacionalismo". También recupera de cierto modo la vieja polémica marxista sobre la existencia de criterios objetivos y subjetivos que conforman el concepto "nación". Como la mayoría de los estudiosos de este campo, está de acuerdo en que el concepto en cuestión no es una simple suma de factores (e.g. lengua, cultura, territorio, economía) sino que su definición contiene dos ideas previamente elaboradas por dos teóricos contemporáneos, a saber: Benedict Anderson y Ernst Gellner. Del primero recupera la muy atractiva noción de "comunidad imaginaria" (imagined community) y, del segundo, la importancia de los elementos "artefacto" (artificialidad) "invención" e "ingeniería social" en la fabricación de nociones. Aunque no ofrece una definición precisa y original de lo que entiende por nación, más allá de la asociación con la idea de la comunidad imaginaria, el autor hará énfasis a lo largo del libro en los siguientes aspectos: la nación es una categoría moderna que contiene el principio de que existe una congruencia entre el gobierno y los gobernados; es resultado de un desarrollo económico y tecnológico (e.g. imposición de un lenguaje oficial, sistema de educación estatal, comunicación de masas) y, por lo tanto, debe analizarse bajo las siguientes condiciones objetivas: desarrollo político, técnico, administrativo y económico. Con respecto a su entendimiento sobre la relación entre nacionalismo y nación sostiene: las naciones no hacen a los estados y al nacionalismo. Por el contrario, los estados y el nacionalismo fabrican o inventan las naciones. La importancia de esta implicación debe entenderse en el contexto de la problematización teórica antes mencionada: la modernidad o antigüedad de las naciones. Así, se inclina por las definiciones de carácter objetivo, dando poca importancia a las definiciones que invo-

lucran la dimensión cultural, lingüística o la existencia de un pasado compartido, conocido actualmente como el pasado étnico de las naciones. El pasado histórico es de escasa relevancia en los argumentos del autor. Las demandas que determinan la creación de naciones no son aquellas que asocian un sentido del pasado, como tampoco lo es la fuerza de la etnicidad. Es evidente que otros autores influyentes (*e.g.* A.D. Smith, J. Armstrong) no concluyen de esta manera; de ahí se entenderá la relevancia de su argumento que recuperaremos a continuación.

En el primer capítulo el interés del autor se centra en reconstruir una “teoría liberal coherente de la nación”. En otras palabras, trata de demostrar el significado de la nación moderna como resultado de razones económicas, o sea, los modernos nación-estado han surgido de manera paralela a las economías nacionales. Esta perspectiva toma en cuenta la creación de estados en África y Asia a partir de 1945, donde, según él, la creación de naciones es un resultado de un proceso de expansión, que ha creado más ventajas y situaciones favorables para el surgimiento de “nuevas naciones”. Este punto de vista “liberal” es incompatible con las definiciones de nación basadas en la etnicidad, lenguaje o historia común.

El segundo capítulo es la prueba de fuego para su definición objetiva basada en razones económicas. ¿Hasta qué extremo el concepto de nación no resiste implicaciones culturales? Negar validez a criterios subjetivos en la definición de nación podría ser una generalización poco creíble. Es cierto que el autor reconoce la existencia de sentimientos y actitudes de pertenencia colectiva presentes en la mente de la gente común que vive bajo la autoridad o coerción de un estado o una organización macropolítica. A este conjunto de ideas y actitudes, no obstante, difíciles de ser mensurables, les llama lazos o conexiones (*bonds*) de pertenencia colectiva. Dichas formas de cohesión pueden anteceder el surgimiento de un nacionalismo (como movimiento popular o como ideología de estado o partido). Históricamente se han manifestado en la forma de símbolos religiosos (*e.g.* la Virgen de Guadalupe en México o la de Monserrat en Cataluña) y han logrado establecer cierta identificación con amplios sectores de la población. En tanto esta existencia de sentimientos populares antecede un nacionalismo de tipo oficial —recordemos que para el autor es el estado el que hace a la nación— recibe el nombre de “protonacionalismo popular”. Hay que dejar en claro que si bien Hobsbawm reconoce la presencia de sentimientos populares que no son modelados por el estado (*e.g.* patriotismo), o que anteceden la creación de un nuevo estado, éstos no son lo suficientemente poderosos para crear naciones independientes que se sostengan por sí mismas en el contexto del “mundo de las naciones”. Esta aseveración la ilustra con la inexistencia de un amplio movimiento nacionalista Mapuche o Aymara. Para Hobsbawm, el protonacionalismo no es causa suficiente. Si llegara a registrarse un movimiento indígena desafiante de las estructuras del estado moderno, sería resultado de “otros factores” pero no a causa de la sobrevivencia de memorias o sentimientos colectivos.

El nacionalismo de estado representa el tema principal del tercer ca-

pítulo. El estado moderno tiene características que lo distinguen de otro tipo de organizaciones políticas aparecidas históricamente en Europa (*e.g.* monarquías, principalidades). Tales características son: un territorio definido, la imposición de leyes y administración y hacer frente a la nueva experiencia de tomar en cuenta las opiniones e intereses de su "gente". Con el fin de que el estado pudiese efectuar sus tareas de recolección de impuestos y conscripción militar, hubo primero que definir quién constituía su "gente". Es decir, a quién se le podía exigir un deber y dar servicios. Este proceso que adquiere forma más precisa en el siglo XIX, tenía como objetivo crear ciudadanos con lealtades y actitudes comunes. En la visión de Hobsbawm, éste es el tipo de nacionalismo que es objetivamente evidente. El estado crea instituciones para implementar y sostener actitudes, o sea, se sirve de una ideología creada para sus propios fines: el patriotismo. El patriotismo de estado tiene la cualidad moderna de que es accesible a las masas por medio de la educación estatal, la prensa y los medios de comunicación. Una nación existe si logra comunicarse entre sí. En suma, para este historiador existen dos columnas erigidas por el estado que sostienen a la nación moderna: el lenguaje oficial y la ideología del patriotismo de estado.

El tratamiento que da Hobsbawm a la lengua como causa de nacionalismo no es muy generoso. La lengua no es condición para la existencia de una nación, como tampoco lo fueron los movimientos recuperadores y descubridores de las tradiciones del pasado. Los movimientos culturales y lingüísticos de Europa, desde 1780 hasta 1840, no constituyeron el germen de posteriores nacionalismos políticos; estos movimientos poco tuvieron que ver con el actual nacionalismo de nación-estado. El autor argumenta que estos movimientos únicamente hicieron hincapié en el aspecto étnico y lingüístico a partir de 1914. Por lo tanto, la idea de que la cultura o la lengua adquieran "nacionalidad" es un fenómeno que aparece en la primera década de este siglo.

A lo largo de los tres últimos capítulos se advierte la reunión de varios temas para proseguir con su argumento: el nacionalismo como un fenómeno nuevo. El autor plantea un esquema cronológico del fenómeno a partir de una perspectiva evolucionista: la transformación del nacionalismo (1870-1918); el apogeo del nacionalismo (1918-1950) y el nacionalismo de finales del siglo XX. En general, estos capítulos forman un recuento histórico del nacionalismo en su cuna de origen, Europa, para intentar convencer sobre la novedad de la invención y su artificialidad característica. Con ello también asevera que la raza, la cultura, la lengua y la etnicidad son demandas recientes. Estos factores no son la base de una conciencia nacional, sino artificialidades culturales impuestas.

*1870-1914.* Este periodo se caracteriza por las nuevas formas de inventar naciones como resultado de tres desarrollos: *a)* la resistencia de grupos tradicionales amenazados por el empuje de la "modernidad"; *b)* el crecimiento de clases y estratos sociales "no tradicionales" de sociedades urbanas en

países desarrollados, y c) movimientos migratorios. Estos desarrollos a su vez dieron lugar a grandes cambios políticos responsables de que el nacionalismo (nación-estado) tenga su forma actual: la democratización, la creación de una administración moderna, la movilización ciudadana y la influencia del estado que recibe la ciudadanía.

*1918-1950.* Ésta es la época de las situaciones absurdas que se han cometido en nombre del nacionalismo. Pero también es la época que da origen a la causa más objetiva para la existencia de naciones o nacionalismos: el capitalismo representado por “economías nacionales”. Desde 1940 hasta la época presente, el nacionalismo que ahora el autor denomina “territorial”, ha pretendido hacer coincidir la política con la etnicidad y la cultura (la perspectiva de E. Gellner). Este esfuerzo oficial (e.g. surgimiento de la idea nacional) de hacer coincidir frontera con frontera ha dado lugar a las atrocidades del genocidio y al surgimiento de las “minorías étnicas” de Europa.

El descubrimiento y posterior aplicación de la “idea nacional” por el estado es una característica de este periodo. Es instructivo dar un poco más de atención a las líneas oficiales que han intentado homogeneizar a la población del estado con el fin de garantizar unidad e identificación cultural común. Esta tendencia ha profundizado la complejidad del nacionalismo en el llamado Tercer Mundo. En dicho ámbito aparecen dos tipos de nacionalismo que suelen confundirse entre sí: la existencia de una conciencia nacional como idea previa para la construcción de una nación-estado y el patriotismo de estado para unificar y otorgar ciudadanía a poblaciones culturalmente diversas. Hemos visto que en el primer tipo, el autor da poco crédito a las demandas culturales y lingüísticas para formar naciones. En concreto se refiere a que las reales fuerzas de “liberación” del Tercer Mundo (África y Asia) fueron procesos de expansión económica, y que si tuvieron lugar sentimientos y actitudes populares éstos eran más bien “resentimientos” en contra de “opresores extranjeros” reconocibles por diferencias de color, hábitos y costumbres, no precisamente por la formulación previa de un sistema cultural o religioso que luchara por imponerse por encima del sistema opresor. Por el contrario, las diversidades, étnicas y lingüísticas de la gente común han sido obstáculos antes que contribuciones reales a la creación de una conciencia nacional.

En el segundo tipo, la aparición de la idea e identificación nacionales (patriotismo de estado), ha hecho uso de los medios de comunicación y tecnología accesibles en las sociedades urbanas. Principalmente, han sido útiles para la divulgación de la idea nacional la prensa, el cine y la radio. Con ellos es posible romper los espacios públicos y privados y proyectar una imagen vertical (nacional). El deporte y las competencias internacionales representan para el autor un ejemplo claro de cómo, por un lado, el sentir y los esfuerzos de la “comunidad imaginaria” se reflejan en un equipo deportivo, y cómo, por el otro, el deporte se ha convertido en un medio para despertar sentimientos nacionalistas. Esta sección referente a

las peculiaridades del nacionalismo en el Tercer Mundo, también incluye algunos comentarios sobre la vinculación ideológica entre nacionalismo y marxismo como obra y proyecto de una élite de intelectuales.

*Finales del siglo XX.* Este último capítulo contiene las reflexiones del autor sobre la situación que enfrenta el nacionalismo a medida que termina el presente siglo. Como principio fundamental, el autor observa que la importancia histórica del nacionalismo está disminuyendo. Varias causas cuentan para ello. Por un lado, la presente ola de agitación promovida por movimientos que demandan respeto a las peculiaridades étnicas y lingüísticas (e.g. el conocido caso del nacionalismo lingüístico de Cataluña que amenaza la unidad impuesta por el patriotismo de estado), situación que pone cada vez más en entredicho la omnipresencia de la idea nacional y, por consiguiente, la crisis de las identidades nacionales (observemos de antemano que aunque Hobsbawn no da mucho crédito a la dimensión cultural, no puede ignorar los factores lengua y etnicidad en los movimientos nacionalistas actuales). Por el otro, la ideología del nacionalismo es ya irrelevante para el desarrollo de la economía mundial (e.g. gran número de transacciones económicas se realizan sin tomar en cuenta el control de nación-estado). Así también la dimensión de los conflictos políticos se manifiesta entre un sistema bipolar de naciones (superpotencias) y no por un sistema internacional de estados.

En este libro Hobsbawn nos ha ofrecido una visión clínica e higiénica de los trucos culturales y lingüísticos que hay detrás de cada nación. El autor ha argumentado que la dimensión cultural de las naciones-estado es producto de una artificialidad, de un trabajo inventivo por parte del estado. Las demandas culturales o la presencia del pasado étnico no han sido determinantes en la creación de naciones. Estas aseveraciones merecen algunos comentarios.

En primer lugar me quiero referir a la subestimación que hace Hobsbawn del factor "cultura". El autor ha hecho de su prosa una hazaña para evitar implicaciones con los llamados criterios subjetivos que son francamente inevitables cuando se discierne sobre naciones y nacionalismo. ¿Cómo podemos adquirir un límite concreto de conceptos tales como "ciudadanía", "lengua", "historia" si no es en relación con culturalidades específicas: ciudadanía soviética, lengua china, historia francesa? Esta subestimación también toca el terreno de la emotividad de cada individuo. Si la cultura es una fabricación deliberada, ello resulta en una premisa intrascendente para quien exige vivir dentro de marcos culturales o lingüísticos que le son familiares. Puede haber consenso en el hecho de que los estados no son resultado de la tradición. Sin embargo, hay, por otra parte, suficiente material para convencer de que los estados modernos usan y reviven la tradición para legitimarse. Ahora es necesario aclarar a qué tipo de tradición se alude. Hasta el momento se ha hablado de la tradición étnica, lingüística, histórica, en fin, se hace referencia al campo de las ideas donde en último análisis enfrentamos la dimensión "cultura". ¿Puede un



estado existir sin “gente” —sin cultura o nación—? Pero lo contrario es más realista: hay un buen número de culturas o naciones (minorías) que viven sin estado propio. En breve, en esta época de nacionalismo todos hemos sido testigos y aún participantes de la evocación del pasado y la tradición que hacen algunos estados para justificar su existencia independiente y sus razones de consolidación política.

Me parece poco relevante la tarea de establecer qué cosa es inventada, cuál otra es artificial y qué otra legítima. No sorprende a nadie el hecho de que cualquier nación o cultura, sea remota o sea ella misma el corazón del cosmopolitanismo, ha estado expuesta a múltiples procesos de influencia y de contacto, y que muchas naciones registran en su historia un proceso de conquista como factor arquetípico de antigüedad. Así, la historia de las naciones es un tejido complicado, por lo que aislar la composición genuina de una cultura me parece una labor de poco significado académico pero de mucho peligro ideológico; por ejemplo, las temibles evocaciones de de pureza racial. Por otra parte, las nociones “artificialidad cultural”, “invención”, “artefacto”, “fabricación” son palabras de moda en el lenguaje del nacionalismo. Son palabras que suenan a crítica radical y a su originalidad; más aún, son muy efectivas para neutralizar discursos oficialistas o bien cuando el nacionalismo se convierte en un tópico de aburrida discusión. Pero el asunto más importante es el siguiente. Si el científico social somete estas nociones al método de la ciencia social, es decir, definir las de manera precisa y, por otra parte, encontrar y probar indicadores claros de su manifestación concreta, el científico se enfrentará con el hecho de que tales nociones carecen de significado propio y que sólo dan lugar a ejercicios tautológicos. Un ejemplo breve: la conciencia nacional se explica en función de los siguientes indicadores: actitud, lealtad, sentimiento. Pero, si añadimos el factor “invención”, éste implica precisar si nos estamos refiriendo a una lealtad que no existía y, por lo tanto, tuvo que crearse o idearse, o a una lealtad que ya existía pero que se descubrió o se reelaboró. Por ello para nadie resulta serio establecer la época exacta de la “invención de la conciencia nacional”; más difícil aún es sistematizar pruebas de que la “conciencia nacional” fue resultado de una fabricación o la manifestación espontánea de historia continua.

Al respecto cabe añadir una preocupación lateral de Hobsbawm, pero que es recurrente en diversas secciones del texto. Esto es, de qué manera, se puede medir, recuperar o registrar los sentimientos y actitudes de la gente común: ¿cuál es el significado de la conciencia nacional en las masas? Sin duda, un tema original poco estudiado. Para introducir el tema, el autor usó un material de segunda mano muy novedoso: la correspondencia de soldados y sus familias durante la Primera Guerra Mundial. Debido a que la conciencia nacional hace inevitable referencia a peculiaridades culturales, el autor opacó la elaboración de una explicación diferente, al concluir que dichos soldados sentían más ciertas diferencias de clase que sentimientos nacionales. Sin embargo, no pudo evitar decir que dichas diferencias eran más apreciables cuando la brecha entre pobres y ricos se daba en razón

de pertenencia a nacionalidades distintas. ¿Aceptarán algunos que se trata de un indicador que refleja la conciencia cultural de un soldado? Hobsbawn no queda del todo convencido.

Cualquier acto de creación implica un acto de elaboración mental que pudo haber respetado o no los límites de lo real. Me pregunto si sirve de algo decirle a un campesino mexicano que la Virgen de Guadalupe fue un invento, o bien, si el mismo campesino conociera la historia de su fabricación eso no es garantía para que deje de creer en el símbolo, o, si deja de creer en éste, tarde o temprano será devoto de otro. De igual manera, qué logra uno con decirle a un escocés que su indumentaria (el "kilt") que le sirve de identidad distintiva frente al mundo anglo-sajón fue una ocurrencia de colonos ingleses. Aparte de crear sospechas y enfado en ambos casos, no creo que se lograría más. En pocas palabras, para trascender la limitación presente es imprescindible demostrar con datos frescos y nueva investigación la eficacia del ingrediente inventivo en la mente popular. De lo contrario, dicha polémica está por el momento detenida.

Por último, el autor se ha opuesto, y ello muestra un refrescante punto de vista, a tratar el nacionalismo como un fenómeno definitivo, cerrado, omnipresente e intocable. Un gran número de errores (e.g. genocidios, etnocidios, guerras) se han cometido en razón de implantar la idea del nacionalismo. Su libro aparece en el momento en que empieza a cobrar fuerza el discurso sobre la necesidad de relajar tanto los desarrollos como los obstáculos que han acompañado la época del nacionalismo. Es tiempo de ampliar las relaciones y dejar de sentir presión por la administración y las fronteras. Sin embargo, la diferencia es que mientras los alcances de este libro ayudan a evocar un mundo no dominado por ideas necias, la realidad de las naciones-estado no ha demostrado todavía ningún signo concreto que apunte hacia esa posible transformación. Tal parece que las observaciones laterales de Hobsbawn cobran más fuerza que su argumento principal: existe una incongruencia entre la "nación" de los líderes y gobernantes y los sentimientos y actitudes de la gente común.

Natividad Gutiérrez Chong

Recibida en octubre de 1990

ISRAEL ELLEN ROSEN, *Bitter Choices. Blue-collar Women in and out of Work*. Chicago, University of Chicago Press (Women in Culture and Society Series) 1987, 220 pp.

Como parte del proceso de internacionalización de la producción industrial, en México han proliferado las maquiladoras. Esta emigración de capitales de los países centrales se traduce en la reubicación de plantas ensambladoras de empresas transnacionales en naciones periféricas a fin de aprovechar la mano de obra más barata que la del país de origen. En Mé-

xico, el interés académico por este proceso se ha centrado en las características generales de la fuerza de trabajo predominantemente femenina y las condiciones de trabajo en las maquiladoras, así como el impacto de éstas en las economías regionales. Empero, existe poca conciencia de que la nueva división internacional del trabajo tiene repercusiones en ambos polos geográficos. Es decir, implica transformaciones estructurales de los mercados de trabajo —con sus correspondientes consecuencias para los trabajadores— tanto en el Primer Mundo como en el Tercero. En este sentido, *Bitter Choices* viene a llenar una laguna para el público mexicano, al ofrecernos una visión cuidadosamente documentada de la difícil situación enfrentada por trabajadoras del Primer Mundo ante el desempleo repentino y crónico provocado por el proceso de desindustrialización. Pone de relieve una dimensión de las interrelaciones entre Primer y Tercer Mundos pocas veces contemplada por el lector mexicano.

El libro se centra en las vidas de trabajadoras desempleadas en 1980 de fábricas textiles, de productos electrónicos o de alimentos de la región de Nueva Inglaterra en el noreste de los Estados Unidos. Los sujetos del estudio son mujeres casadas —la mayoría con hijos. La selección de casadas obedeció al deseo de la autora de rectificar la tendencia a considerar únicamente a los hombres desempleados, los supuestos sostenes de sus familias. La socióloga Rosen señala “las opciones amargas” que enfrentan actualmente miles de mujeres al perder su empleo y verse forzadas a elegir entre trabajar por un salario y prestaciones menores o bien no volver a trabajar. ¿Cuáles son las consecuencias económicas, sociales y emocionales del desempleo para las obreras y sus familias? Tal es la pregunta que orienta este libro.

Mediante entrevistas estructuradas con más de cuatrocientas mujeres, Rosen describe la situación tanto laboral como familiar de este desconocido sector de la clase trabajadora estadounidense. En primer lugar, sitúa a estas obreras como víctimas de la llamada “desindustrialización”, la transformación del sector manufacturero de aquel país. Argumenta que el crecimiento de las empresas transnacionales ha conllevado una reestructuración de la producción industrial a escala mundial. La competencia de los Estados Unidos con Japón y Europa ha provocado una contracción de los empleos considerados bien pagados y un debilitamiento de los sindicatos.

Rosen divide a las protagonistas en tres grupos claramente diferenciados en cuanto a su historia laboral y reacción ante el desempleo: nativas de 46-64 años; nativas de 24-44 años; e inmigradas portuguesas. Las primeras pasaron la mayor parte de su vida activa como obreras fabriles, con una trayectoria típicamente marcada por un ingreso a temprana edad, interrumpido por el matrimonio y la crianza de los hijos, y un reingreso cuando los hijos crecieron. En cambio, las nativas más jóvenes con hijos dependientes presentan una trayectoria ocupacional más diversificada: muchas habían trabajado anteriormente en los servicios, pero optaron por un empleo fabril mejor pagado para hacer frente a la necesidad de incrementar el ingreso familiar.

Por último, para las inmigradas portuguesas (el grupo étnico más numeroso en las industrias estudiadas) provenientes de familias tradicionales de sociedades agrarias, el empleo fabril forma parte de una estrategia de sobrevivencia y de movilidad social.

En relación con esta clasificación de las trabajadoras para fines analíticos, es necesario destacar que inexplicablemente Rosen presenta a las portuguesas como un todo homogéneo, dejando de percibir diferencias por edad, etapa del ciclo familiar o antigüedad en el país —procedimiento claramente contradictorio con su propio planteamiento. Además, hubiera sido recomendable recurrir a un verdadero análisis por cohortes a fin de captar distinciones más finas entre grupos de trabajadoras.

La vida laboral de estas obreras se caracteriza por la constante presión: deben mantener un cierto ritmo de trabajo en las bandas y repetir los mismos movimientos cientos de veces al día. El pago es a destajo con una cuota mínima de producción diaria; las obreras que rebasan dicha cuota reciben un pago mayor que el salario fijo por hora. Esta forma de trabajo y de pago constituye el punto más escabroso entre personal y administración. Aunque mencionado, el papel de los sindicatos está insuficientemente delineado en la discusión de las condiciones de trabajo. El lector se pregunta cómo éstos lograron algunos de los más altos salarios y mejores prestaciones en la rama y por qué ahora no han podido defender más enérgicamente los empleos de este sector de la clase trabajadora estadounidense.

La visión que nos ofrece Rosen de las familias de clase trabajadora con dos rayas enfatiza que la madre/esposa obrera aporta una proporción sustancial del ingreso familiar, cantidad que si faltara pondría en entredicho el nivel de vida del grupo doméstico. En respuesta al debatido tema de las implicaciones del aporte económico femenino para la estructura del poder intrafamiliar, se sostiene que abre la posibilidad de una relación conyugal más equitativa, pero que ésta se logra en mayor o menor grado en función de la concepción que tienen los cónyuges de sus obligaciones mutuas y de un proceso de negociación. Como dicha concepción está vinculada con el marco cultural, no es sorprendente que las portuguesas cuenten con menos apoyo de parte de sus maridos en las tareas domésticas, pues, aun en los Estados Unidos, siguen subordinadas a valores patriarcales.

En cuanto a los despidos y su impacto en la vida familiar de las obreras, Rosen enfatiza la inestabilidad que caracteriza a este tipo de trabajos en el sector manufacturero: los despidos son generalmente sorpresivos. Frecuentemente, se anuncia un despido temporal, en cuyo caso la despedida nunca sabe por cuánto tiempo se prolongará o incluso si la volverán a llamar. Las reacciones de las obreras ante la pérdida del empleo varían según la etapa del ciclo familiar y la cultura. Como era de esperarse, las mujeres sin compañero varón se preocupan mayormente por la falta de ingresos más allá del periodo en el cual tienen derecho a cobrar un seguro de desempleo. Aunque las entrevistas de Rosen indican que la mayoría de las obreras estaba trabajando de nuevo seis meses después del despido, por regla general se vieron atrapadas en un ciclo de subempleo crónico en el cual

son desempleadas periódicamente y regresan al mercado de trabajo por un salario menor y en condiciones de trabajo más precarias. Claramente, se trata de un problema no sólo económico sino político y la autora concluye con algunas propuestas de acción para remediar la situación.

*Bitter Choices* representa un aporte importante para un público mexicano en dos sentidos. En primer lugar, contribuye a una nueva línea de investigación que, al explorar desigualdades entre sectores de la fuerza de trabajo, insiste en las complejas interrelaciones entre clase social, género y etnicidad. Se ilustra cómo el acceso a puestos de trabajos más o menos deseables se ve influido por el grupo étnico y la edad. La comparación de la experiencia laboral de los tres grupos de mujeres revela que son las portuguesas, con poca educación y falta de dominio del inglés, las que tienen menos alternativas en el mercado de trabajo. Las estadounidenses de edad madura no pueden competir en términos de productividad con sus compatriotas más jóvenes y por consiguiente suelen ganar menos. El impacto de la clase social, el género y la etnicidad en el funcionamiento de los mercados de trabajo sólo empieza a estudiarse en el contexto mexicano, donde este tipo de desigualdades indudablemente existe y debería documentarse.

Segundo, en el plano metodológico, Rosen logra adentrarse en las complejas interrelaciones entre las situaciones familiar y laboral de las mujeres estudiadas. Destaca sobre todo la importancia del ciclo de vida familiar en la explicación tanto de la decisión de realizar el arduo trabajo de las fábricas como de las respuestas diferenciales ante el desempleo. La autora es lo suficientemente explícita en la metodología utilizada, al grado de que el estudio puede servir de guía para los investigadores del empleo femenino en México que intentan avanzar en esta misma línea de desentrañar la imbricación de los ámbitos laboral y familiar.

En suma *Bitter Choices* constituye un estudio empírico sólido que tiene el mérito de mostrar cómo el dilema de estas trabajadoras es producto de las transformaciones profundas de la fuerza laboral y de la economía globales. En este sentido, el estudio de caso adquiere una relevancia mayor ya que plantea una serie de interrogantes cuyas repercusiones tanto económicas como políticas ameritan ser consideradas por todo aquél interesado en cuestiones laborales y de género.

Gail Mummert

Recibida en noviembre de 1990

AVEDIS DONABEDIAN, *Los espacios de la salud. Aspectos fundamentales de la organización de la atención médica*. México, INSP/FCE, 1988:772 pp.

El marco conceptual contenido en esta obra aporta elementos importantes no sólo para los profesionales de la salud, sino para otras áreas vinculadas con la atención médica.

Se analizan aquí estos sistemas de atención considerados como campo de investigación y como espacio para la acción.

Un primer análisis se refiere a la posición del administrador de las instituciones de salud frente a los valores sociales y la forma en que éstas influyen, penetran, se manifiestan y se relacionan con su interior.

Respecto a la atención médica como parte del sistema de gratificaciones, se presentan los supuestos en los que se basa el modelo de la economía clásica del mercado libre y se argumenta que esa atención no requiere consideración especial.

En cuanto al origen de los objetivos-necesidades de salud es obvia la importancia de exploración de las variables (factores interventores) que median entre los recursos y los servicios, o entre éstos y sus equivalentes en la satisfacción de las necesidades de salud.

Se presenta un modelo de evaluación de los recursos en el cual no debe descuidarse el concepto de eficiencia ya que se encuentra relacionado con algunos de sus atributos más importantes.

También son abordados aspectos sobre la medición de las unidades de recursos, la capacidad de proporcionar servicios y su producción real, así de los programas se recuerda que están relacionados con los intereses de los grupos dominantes dentro del hospital, los cuales deben ser el reflejo de las metas que la sociedad considera deseables. El carácter de los objetivos, así como la forma en que se manifiestan y se orientan, son cuestiones que considera el autor y que revisten especial importancia en su planteamiento, en el que analiza las situaciones deseables y la base de las líneas de acción al hacerlos operativos.

Al abordar la evaluación de las necesidades de salud se señalan aspectos sustantivos que debe conocer el grupo multidisciplinario de profesionales que la realizan. Se presenta un modelo del proceso de atención médica en el que se debe considerar la evaluación cualitativa de la necesidad satisfecha y de la no satisfecha, así como la utilización y los resultados de la atención.

El autor introduce el concepto de equivalente de necesidades que significa que éstas pueden expresarse, en términos de niveles de salud, como servicios que se consideran necesarios para su atención, o como la relación entre la capacidad de proporcionar el servicio y su demanda.

Menciona el autor que es preciso garantizar que haya una correspondencia entre los servicios a fin de que no sean incluidos recursos que no contribuyan al servicio en cuestión; sin embargo, relacionarlos resulta una tarea complicada. La capacidad de los servicios depende de ciertas características de la necesidad y la demanda, por lo que los recursos requieren especial atención.

Finalmente, las consideraciones sobre cuáles son los requerimientos tanto para los servicios como para los recursos que se juzgan necesarios para proporcionar esos servicios. La planeación debe determinar estas equivalencias.

La visión sobre morbilidad que presenta la obra constituye un análisis

sis extenso y profundo desde el punto de vista clínico, epidemiológico y demográfico, cuyas implicaciones en la administración de la atención médica son principalmente cuatro: la medición de la enfermedad, su interpretación, la planeación de los servicios de salud y la comprensión de las causas y de la distribución de la enfermedad. También se hace especial énfasis en la evaluación de las condiciones de salud y en la utilización de las medidas de morbilidad y salud para realizar evaluaciones.

Otro aspecto tratado en este libro es el que se refiere a los recursos que generan los servicios y sus equivalentes. Así, existen los llamados factores de conversión que influyen en la medida en que las unidades específicas de recursos se pueden convertir en unidades equivalentes de servicios o en la capacidad equivalente de satisfacer los recursos, y complementan el modelo que sigue el autor a lo largo de su obra. Los requerimientos de recursos son motivo de análisis por parte de los administradores de salud, ya que se debe considerar si los futuros recursos serán adecuados para las futuras necesidades.

Sin lugar a dudas esta obra presenta innovaciones conceptuales sobre la salud y muestra aspectos capitales de la organización de la atención médica.

Luis Miguel Vidal Pineda

Recibida en noviembre de 1990

JANE S. JAQUETTE (ed.), *The women's movements in Latin America. Feminism and the transition to democracy*, Boston, Unwin Hyman, 1989, 210 pp.

La compilación realizada por Jane Jaquette analiza un tema descuidado hasta ahora por las ciencias sociales: el papel de las mujeres y el feminismo en la transición hacia la democracia en América del Sur, durante los años ochenta.

El libro está compuesto por una introducción y un capítulo de conclusiones escrito por la compiladora y cinco artículos, dedicados a Argentina (Carmen Feijóo), Uruguay (Carina Perelli), Brasil (Sonia Álvarez), Perú (Maruja Barrig) y Chile (Patricia Chuchryck).

A pesar de sus diferencias, el análisis está orientado por dos ideas comunes. En primer lugar las autoras rescatan las tres formas básicas de la participación de la mujer en ese periodo: la lucha por los derechos huma-

nos, las movilizaciones feministas y de las organizaciones de mujeres del sector popular. En segundo lugar los artículos tratan de presentar el papel que desempeñan las mujeres en el periodo autoritario y reflexionan sobre las posibilidades de su incorporación a la creación de un orden democrático.

Sin diferencias de país o de autoras, una gran pregunta recorre el libro: cómo se politiza el movimiento de mujeres y cómo se integra la mujer a un proceso donde la política se institucionaliza. Esta pregunta, a veces explícita y otras no, es recurrente, pues si bien se observa que la acción de las mujeres desempeña un papel central para crear y fortalecer la oposición civil contra las dictaduras, también se constata que carecen tanto de las herramientas políticas y organizacionales como de una agenda de trabajo para integrarse a sistemas políticos donde domina una lógica tradicional y masculina. De alguna manera, estos artículos se refieren a dos procesos conocidos en las ciencias sociales: el primero está relacionado con los obstáculos que enfrentan los movimientos sociales cuando hay procesos de institucionalización o cambios en el orden de la dominación; el segundo, con la generalización empírica sobre la aparición de las mujeres en la escena política en épocas de crisis, autoritarismo y represión.

En tres de los artículos se parte de un supuesto desarrollo del movimiento social de mujeres y del movimiento feminista, sin demostrarlo. En los análisis de Chile, Argentina y Perú el lector encuentra acciones colectivas, organizaciones y grupos que actúan a veces unidos y muchas otras veces en forma fragmentada, a partir de demandas específicas. Es difícil, en consecuencia, concluir sobre la presencia de movimientos sociales de mujeres en esos países. Dos autoras, sin embargo, reparan en este problema. Sonia Álvarez, al tratar la experiencia brasileña, define las condiciones estructurales de las movilizaciones, los agentes y actrices de distinto tipo que conforman el movimiento así como las formas de articulación entre grupos, demandas y medios de acción. Puede así conceptualizar la acción de las mujeres como movimiento social. El segundo es el trabajo de Carina Perelli, quien rechaza la hipótesis de un movimiento social entre las uruguayas, asumiendo un tono suave, donde la identidad nacional y el aprendizaje traumático de la represión y el enfrentamiento actúan como trasfondo para analizar el papel desempeñado por la mujer durante la dictadura y la restauración del régimen democrático.

El resto de las autoras supone la existencia de un movimiento y ello las lleva, en algunos casos, a plantear problemas con sentido teórico pero que no se derivan necesariamente de la experiencia analizada. Suponer la existencia de movimientos sociales en Argentina o Perú, donde la crisis permea los sistemas políticos y el deterioro de las condiciones de vida impregna la vida cotidiana de las mujeres, es arriesgado. En estos países, tal como lo demuestran las autoras, los sectores populares son tan frágiles que es difícil asumir, desde la teoría, que las mujeres organizadas para conseguir leche o recursos para comer constituyan la base de un movimiento. Se trata de organizaciones con propósitos limitados, dependientes y por tanto no se puede deducir, sin pruebas, que ahí se forme una identidad



social positiva. La conclusión más obvia es que el hecho de ser dominada, pobre y excluida, quizás forme parte importante de la identidad de esas mujeres y ello no se dice en ninguna parte.

Romper con la visión de una mujer victimizada es positivo desde una perspectiva analítica. Ello no significa, sin embargo, evitar la triste realidad que afecta, por lo demás, también al hombre de los sectores populares.

En el caso de Chile la autora se entusiasma con el proceso de democratización y no hace caso de sus datos que muestran que mientras se acercaban las elecciones presidenciales los grupos feministas y las organizaciones de mujeres tendían a dividirse de acuerdo con el amplio espectro de opciones partidarias de ese país. Aunque una serie de factores parecían favorecer la integración de la mujer, el resultado ha sido más bien pobre en cuanto a su representación y en relación con el logro de ciertas demandas. En ello influye, además, la fragilidad del nuevo esquema político chileno, donde las mujeres y en general los actores sociales no institucionales parecen estar relegados al papel de un coro que, a diferencia de la tragedia, no debe hablar, ni moverse, porque ello pondría en peligro lo poco conquistado.

Los artículos tienen, sin embargo, un doble valor. Por un lado describen en pocas páginas la historia y la composición de los grupos movilizados, sus organizaciones y acciones en los respectivos países, a partir de 1970. Por el otro, hay en todos ellos la intención de realizar un balance crítico, en ciertos casos muy creativo, sobre los resultados de los estudios que tratan la participación social y política de la mujer. Vale la pena, en consecuencia, reseñar cada uno de estos trabajos.

El primer artículo, "Women's movements and gender politics in Brazilian transition", de Sonia E. Álvarez, es realmente interesante tanto por el lúcido y documentado análisis, como porque en ese país hay un movimiento de mujeres articulado al feminismo que, a mediados de los ochenta, parece ser el más exitoso de Latinoamérica. Desde esa fecha miles de mujeres de clase baja y de clase media, radicales y liberales logran unirse, participar en política e influir en las plataformas de los partidos y en las instancias decisorias del estado, desempeñando cargos públicos o delineando programas orientados al bienestar de las mujeres.

Estos logros resultan de un proceso muy conflictivo, tanto porque el movimiento está formado por grupos heterogéneos como porque se juegan posiciones ideológicas y demandas a veces dispares. La base del movimiento está formada por mujeres del mundo popular, organizadas alrededor de necesidades concretas, por comités eclesiales de base, por profesionistas y universitarias de clase media que irrumpen entre 1970 y 1980 en un mercado de trabajo que las discrimina, por exmilitantes de partidos y organizaciones socialistas que sufrieron la represión y participaron de un debate crítico sobre el papel de la izquierda y el papel de la mujer en los partidos, por un importante grupo de mujeres que después de un largo exilio en Europa traen ideas feministas frescas que, después de algunos obstáculos, son asimiladas por sindicalistas y por el movimiento femi-

nista en general. Cada uno de estos grupos tiene una historia que se desarrolla desde 1964 hasta hoy; cada grupo se forma alrededor de demandas específicas y desde 1973 participa de un debate teórico alrededor del papel del movimiento feminista y de la relación mujer popular-mujeres de clase media. Esta discusión es ampliamente reseñada e interesa porque las brasileñas, que comenzaron haciendo una analogía del feminismo con el partido-vanguardia, definen áreas de acción que reunieron a las mujeres alrededor de demandas de género.

El debate ideológico y los conflictos, la formulación y reformulación de organizaciones y federaciones, muestran un movimiento vivo, capaz de aceptar las diferencias en un clima político donde se juegan compromisos nacionales. Las brasileñas han logrado constituir un movimiento gracias a una gran flexibilidad basada en estrategias muy diversas, que incluyen desde acciones de base hasta presiones específicas en las instancias de decisión, una aceptación de diferencias partidistas y un juego que incluye la negociación dentro del sistema político pero no deja de sostener la presión social desde la base.

En "The challenge of constructing civilian peace: Women and democracy in Argentina" María del Carmen Feijóo compara la movilización de las mujeres contra la dictadura con su papel durante el periodo de Alfonsín, y concluye que el caso argentino comprueba que la mujer participa en momentos de extrema tensión y desaparece una vez que la crisis se supera. De ahí, ella se pregunta si el sistema institucional discrimina a la mujer o si, por el contrario, la desmovilización de la mujer es consecuencia de su propio discurso.

La idea del artículo es que el discurso de las argentinas durante la dictadura dejó al movimiento en un callejón sin salida cuando el país entró a la democracia. Aunque durante la campaña electoral Alfonsín apeló a las mujeres, cuando fue electo, el número de aquéllas decreció en el Parlamento y en los puestos de representación. Según Feijóo el movimiento de mujeres en Argentina, cuyo núcleo lo forman las Madres de la Plaza de Mayo, los sectores populares y grupos feministas, se asienta en el principio ético de la defensa de la vida y en la oposición a la dictadura. Ello significó que el papel de madre y el sacrificio como valor tuvieron tal peso en la definición de su acción que les fue imposible adaptarse a un modelo de participación política tradicional basado en el cálculo costo-beneficio. Estos sectores, según la autora, que ponían al descubierto la perspectiva patriarcal del poder y lograron hacer público el paradigma feminista basado en la defensa de la vida y en el derecho al amor, no desarrollaron mecanismos que las prepararan para crear un modelo de participación durable.

El lector queda con la duda de si para estos grupos de mujeres las leyes de Obediencia Debida y de Punto Final y la frágil democracia ofrecida después de la tragedia, podían ser equivalentes a su incorporación al sistema institucional. También el lector se pregunta si era necesario "exigir" un comportamiento negociador a estos sectores o por qué no surgieron

otros grupos u organizaciones orientados hacia la participación en el sistema político o capaces de actuar como puente entre los movimientos y la política, teóricamente institucionalizada. El interés del trabajo de Feijóo radica en que define una serie de características, propias del discurso de las argentinas, que actúan como obstáculo a su incorporación a la política pública. Es importante identificarlas, ya que permitirán verificar en otros estudios si efectivamente se trata de cuestiones asociadas al género. Ellas son: *a)* organizacionales: las mujeres y las feministas participan en pequeños grupos donde la política partidaria es una cuestión individual o externa. De ahí que la unión genérica se fracture por diferencias de ideología partidaria; *b)* la acción femenina se asienta en sentimientos de rechazo emocional. Ello impide que los grupos puedan luego negociar con instituciones, pues se producen fuertes conflictos entre la posición ética y la acción política; *c)* las mujeres no conocen cómo funciona y actúa el resto de la sociedad ni la estructura y lógica del gobierno; *d)* las mujeres todavía no son aceptadas como actores políticos gracias a un derecho propio; *e)* presentan dificultades para conciliar sus propios intereses con el de otros actores; *f)* sus grupos son embrionarios y algunos dependen del apoyo del estado o de otras instituciones para poder consolidarse.

En resumen, hacer política basándose en sentimientos y posiciones éticas lleva a un círculo vicioso, donde el altruismo se sacraliza.

Este proceso, que Feijóo llama neomarianismo, se presenta *grosso modo* así: el movimiento de mujeres emerge alrededor de demandas éticas y se ancla en funciones tradicionales de esposa-madre-hija; la acción se manifiesta en el ámbito público como una fuerza de oposición que sacraliza el altruismo y finalmente plantea grandes dificultades para entrar a la política, definida a partir del cálculo racional y del interés individual.

Con base en estos y otros argumentos la autora concluye que las mujeres deben crear mecanismos propios de participación para devenir ciudadanas, y que, por el momento, son un vehículo de terceras personas y no de ellas mismas.

El trabajo de C. Perelli, "Putting conservatism to good use: Women and unorthodox politics in Uruguay, from breakdown to transition" nos introduce a la participación de la mujer utilizando una perspectiva cultural que privilegia el análisis de la gente común y corriente. Como telón de fondo remite al lector al sueño uruguayo sobre la democracia. Ese sueño tiene que ver más con el pasado, pues contiene el país mítico de la comodidad y la seguridad, del pleno empleo y el civismo. Pero ese sueño también es permeado por el trauma de la violencia y del miedo y se concreta, con la llegada a la democracia, en el deseo de sobrevivir más que de manejar el poder o ser gobierno. Perelli reconstruye así la historia de la participación de las uruguayas, subrayando el avanzado sistema legislativo y de seguridad social del país. Curiosamente, los avances legales significaron una generalización de patrones de vida de clase media y de valores conservadores en la política uruguaya. Así, para la derecha el conservadurismo significó simplemente mantener a cualquier precio el poder y lo adquirí-

do, al punto que durante un largo periodo la política gubernamental se caracterizó por una especie de inmovilismo. La izquierda, cuya base es esa sociedad que aspiraba al cambio, también mostró su conservadurismo con un proyecto de reforma continua, orientada hacia un horizonte de progreso infinito, que la llevó a plantear el absoluto como meta y la guerrilla como estrategia. De ahí, Perelli analiza el papel de la guerrillera, caracterizada como una mujer que niega su feminidad para cumplir con la función. Se trata, sin embargo, de una imagen algo limitada, que resta calidad al análisis pues no integra estudios realizados en profundidad sobre este tema en éste y otros países.

La dictadura de 1973 y la represión posterior genera el papel de la presa política y redefine las funciones en la familia, especialmente en la de oposición. El cierre de los partidos y la pérdida del empleo determinan que muchos hombres dependan del salario de la mujer; ello crea un sentimiento de humillación que deriva en comportamientos dependientes y aislamiento. Aunque hay una integración masiva de las mujeres al mercado de trabajo, al mismo tiempo ellas vuelven a desempeñar papeles tradicionales y a participar en espacios de la vida cotidiana (escuela, trabajo, barrio) defendiendo, en nombre del pasado, normas, formas de vida y derechos adquiridos. Desde esos espacios y a partir de un discurso conservador, donde todo el que está en el poder es por definición corrupto, las mujeres se enfrentaron a la dictadura. Así, relataron a sus hijos el pasado de un país que ellos no tuvieron oportunidad de conocer, creando en la juventud actitudes antiautoritarias. También lucharon contra las alzas o la falta de empleo, y actuaron en pequeños grupos, alrededor de fines específicos, que se desintegraban una vez lograda la meta. La acción de las mujeres, sin embargo, fue importante pues al romper el monólogo del poder hicieron visible la dominación.

Las uruguayas, dice Perelli, participaron y participan a partir de papeles tradicionales, unidas por un discurso conservador, que pone al descubierto las injusticias, los abusos de poder, y busca una sociedad ideal, sin conflictos. Y según la autora, este discurso no cambia, lo que cambia son las circunstancias políticas. En una dictadura el discurso de las mujeres, por tradicional que sea, es subversivo y, visto desde el poder, es disidencia. El hecho de que su acción esté ligada a valores conservadores las protege de una represión exagerada pues en ciertos puntos ellos convergen con la ideología militar.

Cuando hay un régimen basado en la libertad de asociación y de expresión, este discurso pierde su efectividad. A diferencia de Feijóo, Perelli concluye que las mujeres tienen una forma especial de actuar y expresarse. La mujer resiste el cambio y desde allí, en ciertas circunstancias, es subversiva. Las experiencias de las mujeres comunes analizadas en este trabajo, son ricas y complejas, están relacionadas con variados procesos de la vida social pero no se puede suponer que desde allí salten directamente al sistema político o desempeñen un papel clave en la derrota de regímenes.

Maruja Barrig, en su artículo "The difficult equilibrium: Between

bread and roses: Women's organization and the transition from dictatorship to democracy in Peru'', presenta un análisis documentado y creativo sobre la acción colectiva de las peruanas. En la introducción, Barrig plantea que el debilitamiento del sistema político institucional da lugar a la emergencia de actores y movimientos sociales, que expresan intereses y demandas socioeconómicas, más que un proyecto de inclusión en sistemas democráticos de representación. Señala, además, que los movimientos sociales en general, y en especial el de mujeres, contribuyen a una transformación de la vida sociocultural debido a que sus acciones posibilitan la creatividad y la democratización de las relaciones sociales.

A medida que avanza el análisis sobre el papel desempeñado por el movimiento feminista y las organizaciones de mujeres en las barriadas, la autora realiza observaciones muy agudas, que no la llevan a concluir sobre la fragilidad de ese movimiento, pero encaminan al lector hacia esa conclusión.

Hay una gran simpatía de Barrig hacia las mujeres que quizás la retiene en sus conclusiones. Vale la pena señalar algunas de sus observaciones, ya que pueden servir para evaluar otras situaciones. Un primer conjunto de reflexiones se refiere a la condición de la mujer popular durante la larga crisis económica en el país. Barrig plantea que las cocinas populares, la campaña del vaso de leche y otras formas nuevas de organización local no estimulan a las mujeres a participar como ciudadanas o como agentes de cambio de sus comunidades. Y ello como consecuencia de: *a)* la gran dependencia que estas organizaciones tienen respecto a recursos externos nacionales e internacionales; *b)* la gran variedad de organizaciones locales, debida a que las agencias imponen distintas formas organizativas; *c)* el papel desempeñado por las promotoras de las Organizaciones No Gubernamentales (ONG), que en vez de unir a los distintos grupos compiten por recursos escasos.

Ello refuerza un esquema de caudillismo ejercido principalmente por mujeres profesionales, provenientes de organismos religiosos o políticos, que impiden el desarrollo de una democracia y un liderazgo locales. La organización de las mujeres alrededor de las cocinas populares, del vaso de leche o de otros programas similares acentúa la división sexual del trabajo, las hace dependientes de los donadores, de los partidos, de la iglesia y del gobierno. Así, estas nuevas formas de organización no han cambiado la identidad de estas mujeres en el sentido de participar como ciudadanas o como agentes en las instancias del poder de su comunidad. Más aún, Barrig afirma que este patrón de participación dificulta la formación de una identidad genérica, pues las mujeres no logran cuestionar la división sexual del trabajo o su papel subordinado en la familia.

Un segundo conjunto de observaciones está dirigido al papel desempeñado por el movimiento feminista peruano. Barrig realiza un detallado recuento de las fases por las que pasó la estrategia feminista en el periodo analizado; en un primer momento la doble militancia, luego una organización autónoma (de los partidos) y, en el periodo democrático, la inte-

gración a la coalición de izquierda durante las elecciones, que significó una gran derrota.

La discusión realizada alrededor de una estrategia independiente de los partidos políticos tiene sentido en países donde la política permea la sociedad. Si bien es imposible resumir la evaluación de la autora, es importante apuntar algunos de los riesgos de la estrategia autonomista en el caso del movimiento feminista peruano. Para Barrig la autonomía focaliza el movimiento en el problema de la identidad, facilita la aparición del caudillismo, la dependencia de agencias de financiamiento y el aislamiento, y aumenta las dificultades para ejercer el poder en la esfera pública; refuerza el poder político masculino, y lo enfrenta a la dificultad creciente para articular las demandas y organizaciones feministas con los problemas nacionales.

Así, la autonomía, definida a partir de la negación y la exclusión, se enfrenta a un callejón sin salida pues ello aísla el movimiento y le dificulta relacionarse con el resto de la sociedad.

Este artículo plantea la necesidad de unir el movimiento feminista con las demandas de las mujeres del sector popular y con el debate político nacional. La mirada crítica de Barrig es valiosa porque tiende a destruir varios de los mitos que, a veces, por razones ideológicas y otras por necesidad de financiamiento, permean algunas interpretaciones sobre las mujeres del sector popular y del movimiento feminista en la región.

El caso de Chile es presentado por Patricia Chuchryck en el artículo "Feminist anti-authoritarian politics: The role of women's organizations in the chilean transition".

La experiencia chilena ofrece otra evidencia en el sentido de que los periodos de dictadura y de transición a regímenes democráticos constituyen una oportunidad para la aparición de las mujeres en la política. En este marco, el artículo examina la emergencia de un movimiento autónomo de mujeres, deteniéndose en una caracterización de los sectores feministas y de las organizaciones populares, que durante la dictadura logran articular la lucha por la liberación de la mujer con la lucha por la democracia. Quizás el aporte de mayor interés en este trabajo, es el rescate de la contribución de Julieta Kirkwood al movimiento feminista. El artículo presenta una sistematización clara del pensamiento de Kirkwood, quien trabajó intensamente sobre la relación entre las mujeres y la política, proponiendo un proyecto donde se niega el autoritarismo y se establecen las bases para un feminismo democrático que reconoce la desigualdad social y se compromete con los sectores populares. Sin embargo, es importante agregar que la obra de Kirkwood imprime un nuevo sello al feminismo latinoamericano y lo diferencia del de los países desarrollados, al integrar la importancia de las luchas populares y de la política en la región.

Por último, cabe señalar que el conjunto de trabajos coordinados por Jane Jacques con el propósito de examinar la ligazón entre las movilizaciones de mujeres y los procesos de democratización de los regímenes autoritarios es un esfuerzo que valió la pena. El excelente volumen no sólo res-

cata el papel desempeñado por las mujeres, que normalmente no aparecen como actrices de procesos de nivel societal, sino que también señala una serie de temas que remiten al análisis de la realidad socio política latinoamericana. Cuestiones como la autonomía o la incorporación de la mujer a los partidos políticos, la movilización de mujeres de distintos orígenes sociales por demandas comunes, la articulación de las mujeres con las instituciones públicas y con el estado, son temas de una agenda de investigaciones futuras tanto para la ciencia política como para los estudiosos de la mujer.

M. Luisa Tarrés

Recibida en septiembre de 1990

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLOGICOS, *México en el umbral del milenio*, México, El Colegio de México, 1990.

El Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México acaba de dar a luz una importante labor de equipo que acaso no registra precedente en la vida académica del país, de ordinario atizada por querellas internas. Cabe esperar que este bien nutrido escrito (544 páginas) merezca significativa audiencia superando el modesto tiro de mil ejemplares. Mucho depende, por cierto, de la mercadotecnia editorial del propio Colegio, que jamás se distinguió en este campo. Pues la sustancia de las 18 monografías que componen el texto toca abigarrados asuntos de la agenda mexicana, a pesar de que algunas de estas piezas fueron concebidas antes de las profundas transformaciones que se anunciaron en diciembre de 1988 y toman vuelo —con velocidad y rumbo todavía inciertos— en estos días. En contraste, todos los ensayos se inspiraron en el cimbreo electoral de la mitad de aquel año que presumiblemente señaló “el fin de la hegemonía priista”.

Término o principio de época, las tendencias y parámetros que determinan al país, nuevas oportunidades y nuevas crisis: éstos son los hilos que orientan esta obra colectiva. Como es previsible, algunas de sus piezas dicen más y tienen más significado que otras; en conjunto sin embargo enseñan qué pueden aportar las modernas ciencias sociales a la comprensión de una realidad nacional que, con frecuencia, es considerada inabordable y enigmática.

¿Cómo proceder a una noticia razonada de este inescapable libro sin lesionar las interpretaciones que ofrece del quehacer mexicano y sus perspectivas, y con debido respeto a las angosturas de este espacio? Tarea inalcanzable. No obstante, valga un intento.

Se seguirá, en este repaso crítico, una secuencia diferente de la que organiza a esta colección de ensayos. Así se refieren, primero, los *datos de arranque* de la condición mexicana; después, las *opciones* que encara,

y, por último, los *escenarios* de su probable devenir considerando tanto las premisas de los autores, vivamente impresionados por las persistentes atonías de los ochenta y por el bronco despertar de la sociedad civil, como otras que fluyen de la recuperación parcial y del acercamiento de México y de Estados Unidos en el presente. Pues hoy los inminentes socios comerciales ya no son vecinos distantes: fraguan un nuevo código de relación, ignorado o prematuramente cuestionado en el libro. Sin embargo, éste no pierde un ápice de su importancia. Es el testimonio válido de un momento y de una visión.

Los *datos de arranque* o parámetros del contexto mexicano son señalados prolijamente por G. Cabrera, por J. Padua, por el equipo Cortés-Hernández Laos-Rubalcava, por el binomio Oliveira-García, y por Gómez Tagle. Menos felices son los aportes de M. Villa y de A. Alvarado, pues adolecen de una sintaxis enredada que desjunta y confunde las ideas. Elguea trató diligentemente de caracterizar los problemas de la seguridad nacional de México pero se desentendió de los razonamientos geopolíticos urdidos en sus momentos en Brasil, Chile y Perú y que son pertinentes al tema. *En conjunto*, sin embargo, las condiciones iniciales de los futuros previsibles son claras: el crecimiento y el reparto geoeconómico de la población del país constituyen una de las principales restricciones del avance del país; la esperanza de vida habrá de subir a 72 años en tanto que el tamaño de las familias se encogerá; la juventud dominará el panorama demográfico ejerciendo presiones en los mercados laborales y políticos, y la ciudad de México con su área metropolitana deberá dar cobijo o refugio a no menos de 25 millones de habitantes, la cuarta parte de la anticipada población nacional. Por añadidura, las demandas de empleo crecerán al compás del mayor trabajo femenino, inducido por la urbanización y la terciarización (servicios) de la economía, por la redefinición cultural de los papeles de la mujer, y por la necesidad de complementar ingresos familiares. Probablemente, la capacidad de convocatoria política de la mujer en cuanto género se ampliará por la interacción de estas presiones y carencias. Simultáneamente, los apremios dentro de la sociedad mexicana habrán de agudizarse no sólo por la comprobada caída de los salarios y por su desigual reparto sino por la previsible renuncia del Estado a vehículos redistributivos por estar reñidos, al menos en el corto y mediano plazo, con los juegos competitivos del mercado. Estos investigadores también vislumbran embrollos críticos por el flanco de la deficiente cobertura educativa y su cuestionada calidad, hechos que traen consigo la decreciente rentabilidad (pública y personal) de la educación formalmente gratuita y el firme ascenso de modalidades privadas de enseñanza y entrenamiento. La visible "informalización" de la economía mexicana (tema que Verduzco Igartúa aborda) es una respuesta a estas arritmias entre oferta de recursos humanos y requerimientos laborales; de momento ayuda a la estabilidad agregada del sistema pero reconoce límites: los "informales" no pueden cohabitar con regímenes tecnológicos y fiscales modernos y el tránsito a ellos, para la mayoría, está vedado en el largo plazo.



Estas tendencias estructurales tienen expresiones políticas. Manuel Villa propone un deslinde entre “modernización poliárquica” afín al neoliberalismo económico y sus consecuencias (cesión de espacios políticos a los empresarios, surgimiento de enclaves regionales de actividad y de poder) y “modernización democrática” fundada en un régimen plural de partidos, en la pulcritud electoral y en la activa participación popular. No es claro si este deslinde denota más un deseo que una tendencia. Alvarado, por su lado, intenta analizar cómo se ha “espacializado” el poder a través de la historia política de México. Por ejemplo, las regiones norteñas han sido más activas en el tejido de enlaces “horizontales y verticales” con el centro metropolitano; sin embargo, la prognosis que sugiere no es transparente: ¿cabe aguardar una alianza excluyente entre los espacios o regiones beneficiados por los nuevos patrones de crecimiento jefaturada (o no) por el centro político, o bien despunta una espacialización escindida que amenaza a los costos y conceptos tradicionales del Estado-nación? La pregunta es recogida en parte por Elguea cuando indica que, en la presente constelación nacional, problemas como la migración ilegal, el tráfico de drogas, la deuda externa, la militarización de los conflictos centroamericanos, entran por primera vez cuestiones de “seguridad nacional”. A ellos cabría añadir por cierto, conforme a la lógica de Elguea, las asperezas latentes en la nueva regionalización del poder señaladas por Alvarado.

Gómez Tagle enriquece este examen al estudiar la conducta electoral de los mexicanos por estratos y por regiones. Sus hallazgos la llevan a decir que se ha desgajado la hegemonía priista por obra de circunstancias como el relajamiento de las redes corporativas de lealtad, la privación social acumulada, la quiebra del consenso nacional por efecto de las crisis eslabonadas de los ochenta, el rebrote de demandas de democracia electoral, la deslegitimación desde dentro del PRI lograda por la Corriente Democrática y, en fin, el ascenso de la opción cardenista. Como se apuntó, la autora no pudo ponderar al escribir su trabajo los recursos del presidencialismo para recuperar legitimidad tanto institucional como partidaria.

Este libro que presenta el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio ya sería importante por gracia de estas contribuciones, pero avanza más: sugiere opciones considerando los márgenes de latitud del país y sus tendencias seculares. F. Zapata (por ligereza editorial, su nombre aparece repetido en el índice), M.L. Tarrés, V. Salles y Brachet-Márquez con K. Kovacs las sugieren con matices y en lenguajes diferentes.

A Zapata le concierne la evolución sindical de México y sus dependencias pactadas con los poderes centrales. Después un buen repaso de estas vinculaciones —que en estos días tomaron particular intensidad— este sociólogo concluye que la retórica revolucionaria y nacionalista del estado logró encoger la capacidad de cuestionamiento y de convocatoria autónoma de los obreros mexicanos; sin embargo, el envejecimiento de sus líderes tradicionales, el deterioro inocultable de los niveles de ingreso, las quiebras de la comunicación entre cúpula y bases: estas nuevas circunstancias anuncian el debilitamiento del pacto histórico entre las élites gu-

bernamentales y sindicales y el inicio de pugnas genuinas entre ellas, a semejanza de otros países latinoamericanos. Cabe agregar que los enlaces comerciales que se gestan con Estados Unidos y Canadá —se insinúan después del escrito de Zapata— probablemente habrán de acelerar la autonomía grupal relativa del proletariado urbano nacional.

Un ejercicio interesante en microsociología política propone Luisa Tarrés. En lugar de examinar en forma dilatada las proclividades electorales y participativas de las clases medias mexicanas, Tarrés se concentra en la dinámica social de Ciudad Satélite (Estado de México). Aquí confluyen el buen nivel educativo, la propiedad de una vivienda, ingresos altos y la profesionalización de sus residentes para dar como resultado una excepcional aptitud movilizadora. Los moradores de Ciudad Satélite se inclinan a practicar formas locales de democracia y protesta, de suerte que las autoridades capitalinas afiliadas al PRI deben contemplar con cuidado cualquier acción en este suburbio. La presencia dominante del PAN articula las resistencias de la población cuando son necesarias. Por su lado, Vania Salles aborda los cambios tecnológicos en los sectores agrícolas, especialmente aquéllos que se derivan de la biotecnología. En contraste con otros países que han registrado revoluciones técnicas en el campo —alterando desde luego la tradicional división del trabajo entre naciones productoras de materias primas y naciones industriales— la reestructuración agrícola, inducida por innovaciones, todavía no se ha verificado en México. Salles indica que la dieta urbana prevaeciente —rica en proteínas— alienta a la ganadería en desmedro de otras actividades y por esta vía se recortan las oportunidades de empleo (la ganadería exige más bien capital). En fin, Brachet-Márquez y Kovacs estudian las modalidades tradicionales de articulación y negociación de demandas en el sistema político mexicano. Se estarían desgastando con rapidez. Abordan en este contexto al “clientelismo”, que se sustenta en dependencias y redes informales y personalizadas, la “revolución desde arriba” que entrafña el corporativismo, y la inquisición clasista tradicional. Ninguna de estas posturas satisface. La sociedad mexicana se ha tornado excesivamente compleja y ya no admite categorías unidimensionales y mecanicistas de interpretación. Las autoras llaman por lo tanto a un replanteamiento radical de los paradigmas aceptados.

La intención prospectiva, anticipadora, de los trabajos se manifiesta en Minello, Arizpe, Hodara y Stavenhagen. Zemelman, por su lado, se remite a cuestiones epistemológicas cuyos nexos con lo examinado en el libro entero no son claros.

Minello presenta un amplio escrutinio de la evolución de la industria acerera, particularmente en América Latina, con el fin de crear un marco adecuado para insertarla como posible puntal del avance tecnoindustrial de México. Esboza dos escenarios extremos: mantenimiento de la actividad siderúrgica nacional o cierre definitivo. En cuanto al primero: a pesar de que esta industria consigna avances (AHMSA, HYLISA), el tamaño reducido del mercado nacional y la racionalidad insuficiente de la producción lesionan sus perspectivas. Teóricamente, cabe imaginar la ampliación de

la demanda externa en Estados Unidos y en la Cuenca del Pacífico; pero esta opción no parece factible debido a dificultades de localización y de competencia internacional. Despunta por consiguiente el segundo escenario: abandono de la industria siderúrgica. No es inconcebible. Después de todo —Minello recuerda— Argentina fue durante varias décadas un importador de acero sin que esta dependencia haya puesto obstáculos mayores a la industrialización. No obstante, cabe aclarar que Argentina poseía recursos y activos que le posibilitaron la adquisición continua y segura de este material estratégico; ¿es similar la condición de México? Con acentuada melancolía, Minello concluye que acuerdos comerciales bilaterales con Brasil, Centroamérica y el Caribe podrían inyectar razonable viabilidad a la actividad siderúrgica mexicana que, en cualquier caso, se habría distinguido por una planificación desordenada y “al vapor”.

Lourdes Arizpe asevera que el remate de los ochenta implica el fin de una época en la historia social y económica de México. Su tesis no se basa en diagnósticos políticos (como el desgaste de las estructuras, etc.) ni en el brote de pugnas grupales enconadas. Hace hincapié más bien en una variable que en los tiempos en que escribió su ensayo apenas se sospechaban sus múltiples repercusiones: la *ecología*. Con fundamento en el informe Brundtland, Arizpe señala que las autoridades y la sociedad mexicana descuidaron secularmente a los desequilibrios ambientales y los agravaron. Con el tiempo, estos desbalances se han convertido en el principal escollo del desarrollo nacional. Con la aceptable sabiduría de una óptica desde el presente es justo decir que la anticipación de Arizpe reveló extrema puntería. Hoy, en efecto, es indisputable que las perturbaciones ambientales en todo el país, y particularmente en el Valle de México, se han convertido en asuntos *políticos y comerciales* de envergadura. Toda previsión electoral, por ejemplo, deberá ponderarlas, y, por otra parte, la incorporación de México a circuitos económicos transnacionales está condicionada al cabo por la reparación ambiental de entornos, insumos y actividades.

Hodara identifica cinco parámetros que estarían determinando el acontecer mexicano; dos son políticos, dos económicos y uno regional. Su análisis es acaso excesivamente esquemático; supone que el lector conoce con razonable hondura el material empírico que subyace en estos parámetros. Con cuestionable optimismo insiste en que las rigideces estructurales prevaletentes habrán de relajarse en el futuro debido a *imperativos de sobrevivencia* de las élites nacionales; en su opinión, también ellas, como los socialmente marginados, ejercitan tácticas de autopreservación. Estos imperativos conducirían al país a aligerar el peso de factores que hoy comprometen su viabilidad de largo plazo.

Una ingeniosa pieza de imaginación sociológica le pertenece a Stavenhagen. Con ironía y, a veces, sarcasmo, él dibuja en su “Seminarío 2010” las consecuencias devastadoras de las tendencias inerciales de la sociedad mexicana. Stavenhagen imagina un encuentro de investigadores en esa fecha, en el “vetusto” Colegio de México, a fin de examinar escabrosas cues-

tiones, como “la conurbación megalopolitana del Anáhuac”, presidida por los nuevos coroneles en computación (“el Computerato”) que habrían destronado finalmente al PRI. Otro tema en la agenda: las actividades febriles del Bank of Tokyo, con sus 300 pisos, construido sobre los cascarones del Monumento a la Revolución. Al calor de las discusiones y con los rigores permitidos por el Computerato, los investigadores se plantean sesudas interrogantes: “¿Hubo alguna vez Revolución Mexicana?”, “¿Cuáles fueron las bondades del Porfiriato?”, “¿En dónde quedaron mis cuatro milpas?”, “Pasado y futuro de la latosa Reforma Agraria”... Con solemnidad tradicional, estas cuestiones son indagadas en 2010 entre las paredes arrugadas de El Colegio, en un entorno transnacionalizado (estrictamente, niponizado) que los neopositivistas modernizadores de los noventa habrían glorificado y obtenido.

Sin duda, este burlón ejercicio de Stavenhagen posee considerable valor heurístico; ilustra dramáticamente adónde conducen las prevalecientes tendencias y solicita su rectificación radical.

En suma: ésta es una obra inesquivable de El Colegio de México que debe suscitar estudio y deliberaciones en los espacios nacionales. No por los azarosos futuros sino por el imperativo presente.

Joseph Hodara

Recibida en abril de 1991

JORGE DURAND Y DOUGLAS S. MASSEY, *Doy gracias. Iconografía de la emigración México-Estados Unidos*, Universidad de Guadalajara/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990, 38 pp.

En una ocasión que las tropas zapatistas debieron abandonar una iglesia donde se habían atrincherado, “lo único que cuidaron de salvar fueron los heridos... y los retablos”. (Dr. Atl, 1980, p. 271), actitud que señala con claridad el lugar que ocupa esta pintura votiva en la imaginería popular. Era frecuente, continúa el Dr. Atl, que muchos zapatistas llevaran algún retablo a sus casas o al cuartel, lo colgaran en la pared, le encendieran una vela y le encomendaran su protección y la de su familia.

La mayoría de los lectores/as hemos admirado en las iglesias mexicanas el arte *naif* de esas pequeñas pinturas, leído la breve narración que los acompaña y que da fe no sólo de lo sucedido sino de la inmanente religiosidad popular que tienen los retablos. En algunos nos fascinó el dibujo de manos inexpertas, en otros reconocimos la caligrafía del pintor de rótulos del pueblo. Aquellos que conocen de pintura y de pintores y de escuelas han podido valorar la audacia en el color y la perspectiva, el surrealismo que emana de los retablos. Diego Rivera los considera como la “verdadera, actual y única expresión pictórica del arte mexicano” y destaca que:

Lo más intenso del espíritu popular se expresa en estas pinturas con una técnica pura, intensa, aguda, a veces infantil, porque son los pintores humildes, los nobles pintores de puertas... (Rivera, 1979, pp. 55 y 57).

Los temas de estos exvotos son prácticamente infinitos. Reflejan las miserias y las alegrías de los grupos populares, el miedo ante el accidente o la enfermedad, la esperanza de "hacerla", el dolor de amores o de su pérdida; en fin, toda la gama de gozos y dolores y esperanzas.

Durand y Massey seleccionan una de esas temáticas: la de la migración hacia los Estados Unidos. Y se concentran en una de las tantas iglesias posibles, el Santuario de San Juan de los Lagos. Allí, cotidianamente, cientos de peregrinos transforman el camarín de la Virgen

con nuevos retablos, exvotos, estampas, fotografías, cartas, diplomas, muletas, azahares de novia, trenzas de pelo, yesos, aparatos ortopédicos, licencias de manejo, micas para pasar a los Estados Unidos. En diez o más capas sobrepuestas se acomodan los recuerdos colgados de clavos y agarraderas, acomodados en el suelo y en el barandal de la escalera. (p. 5)

#### Para colocar un exvoto o un retablo

Las personas [desde temprano en la mañana, cuando se abre la iglesia] recorren el lugar, observan los dibujos y leen con cuidado los textos de los retablos, los comentan, se asombran, piensan. Después buscan con cuidado un lugar donde colocar sus propios testimonios. De una bolsa para el mandado sacan un retablo envuelto en periódico, unas estampas, una foto. Con alfileres y cintas acomodan los presentes que forman un conjunto armónico que quisieran que se vea, que se conozca, por lo menos un tiempo. (p. 5)

El libro que comentamos presenta 34 textos y la reproducción a color de esos 34 retablos. La mayoría de ellos hablan de, o están fechados en, lugares estadounidenses: Kansas, Nebraska, Chicago, Texas (Brownsville, Roboston, Rancho Brackville), California (Needles, Los Angeles, Reedly, Kinsburg, Oxnard, Compton, National City, Harligen); otros señalan la dificultad de obtener la visa americana, o agradecen haberles permitido pasar con bien "el peligroso río" Bravo, o sacarlos de la prisión, o haber reencontrado a su familia. Según los autores, a partir de 1988, con el programa de amnistía (Ley Simpson-Rodino) o el de trabajadores agrícolas (SAW, por sus siglas en inglés), comienzan a aparecer los retablos que dan gracias a la Virgen por haberles permitido obtener la residencia en Estados Unidos.

La migración hacia el norte ha sido un tema de reiterada atención entre los/as estudiosos/as en México. Demógrafos/as, economistas, sociólogos/as, historiadores/as y otros/as estudiosos/as de las ciencias sociales han escrito y continúan analizando distintos aspectos del problema social que constituye la corriente de campesinos y campesinas, maestros y maestras, profesionales, jóvenes y adultos/as, que solos/as o con sus familias, cruzan la frontera para trabajar en Estados Unidos.

Durand y Massey han partido de la iconografía para ofrecer otro punto de vista sobre esa corriente migratoria. Y elaboraron un pequeño y hermoso libro, pulcramente editado bajo el cuidado del Programa de Estudios Jaliscienses. Este texto proporciona una faceta poco explorada. En los exvotos se plasma la subjetividad, los miedos, las angustias, los temas que más preocupan a los migrantes; también aparece esa fe que les auxilia para sortear tantos obstáculos que encuentran en su viaje y en su vida en Estados Unidos. En otras palabras, el estudio de los retablos ayuda a reconstruir una parte del imaginario de los migrantes y sus familias.

El estudio iconográfico de un aspecto social no es demasiado difundido. El antecedente mayor que conozco es el de Philippe Ariès (1973), que en su investigación sobre la niñez se basa fundamentalmente en el estudio de las esculturas de iglesias y tumbas, de los grandes frescos de las catedrales, de las ilustraciones de los almanaques, en fin, en toda una serie de imágenes religiosas y laicas que le permiten construir el concepto teórico de infancia.

*Doy gracias*, en este sentido, tiene antecedentes sobrados que legitiman la tarea. Esta debería ser continuada, por los autores y por otros estudiosos, de una manera más sistemática, y abarcar no sólo los santuarios más conocidos sino también tantas pequeñas iglesias que conservan, en menor número por supuesto, estos testimonios. Habría también que afinar la cronología, pensando más que en las décadas, en el tiempo de los migrantes, de la migración. Sería asimismo interesante hacer un estudio comparativo de la expresión de distintas regiones de México en sus testimonios de pintura votiva. Podría pensarse en la reconstrucción de una *mentalidad* migratoria (al igual que Bloch, Duby y otros, por ejemplo, nos ilustran sobre la mentalidad feudal); esto nos permitiría conocer más a fondo la totalidad construida del fenómeno migratorio, compuesto no solamente por determinantes estructurales.

Agradecemos nosotros también la idea de Durand y Massey y esperamos nuevas muestras de un camino que se revela fecundo.

Nelson Minello Martini

Recibida en junio de 1991

#### **Bibliografía citada**

- Ariès, Philippe (1973), *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*, París, Editions du Seuil [hay traducción española en Editorial Taurus].
- Dr. Atl [Gerardo Murillo] (1980), *Las artes populares en México*, México, Instituto Nacional Indigenista [Edición facsimilar de la publicada por Editorial Cultura en 1922].
- Rivera, Diego (1979), *Arte y política. Selección, prólogo, notas y datos biográficos por Raquel Tíbol*, México, Editorial Grijalbo.